

brío, y volviendo á su sér poderoso, como divinidad gobernante. «Dios te bendecirá por tu buena obra — me dijo tocándome en el hombro.— Seremos felices, viviremos todos... ¡ay, los cuatro...! ¡Qué dicha! No hay que volver atrás de lo tratado. Seamos personas formales, no chiquillos sin fundamento... Marido mío, adiós, hasta luego, hasta muy luego. Date prisa...»

No me dió tiempo á contestarle porque echó á correr, apretándose el pañuelo contra la boca, y pocos segundos tardó en llegar al coche. Tras ella fuí, y dándole la mano para subir, besé la suya otra vez, sin acertar á decirle más que: «Ya verás qué pronto me tienes aquí... Un ratito más... ¿qué prisa tienes...? Vaya, no hay más remedio: adiós, adiós. Volveré volando...»

El coche partió, y saludándonos seguimos mientras podíamos vernos. Me entraron ganas de correr detrás del coche, gritando: «Mujer, mujer mía, detente... vuelve atrás... Estamos borrachos de ideal, de ese insano bebedizo que me has dado... Desemborrachémonos... casémonos...»

## XVIII

Del mismo á la misma.

*La Bastida, Junio.*

Instóme el cura para que á cenar le acompañase, y accedí gustoso por platicar con él, y prevenirme de cuantos datos y advertencias pudiera darme el buen señor referentes á su sobrino, cuya captura mi caballerosidad emprendía. ¡Triste de mí! Mientras cenábamos, los elogios que el clérigo hacía de mi resolución, del sacrificio momentáneo de mi felicidad, no disiparon las nieblas que envolvían mi alma. Apagado el entusiasmo que la presencia de mi mujer despertaba en mí, se me oscurecía la confianza, y un desconsuelo intensísimo se me posaba en el corazón. ¡Qué pena, qué amargura! Con Demetria sí que emprendería yo las más audaces aventuras y daría terribles batallas para destruir el mal humano: lejos de ella era cobarde, perezoso y egoísta.

Pero ya no había más remedio que sostener la palabra y el papel, y afianzarme bien en mi pobre cabeza el yelmo de Mambrino para que

no se me cayese. Dióme D. Matías referencias de Ibero, que retuve en mi memoria, como utilísimo conocimiento de las posiciones del enemigo. Las últimas noticias eran que Santiago estaba en Madrid, haciendo vida solitaria, apartado de amigos y sin compañía de mujeres, dato este último en extremo satisfactorio, porque ya no tenía yo que batirme con los dragones más espantables. También había escrito á Don Matías un su amigo, coadjutor en San Millán, que *el ángel negro* hacía vida devota tirando á penitente; que las horas muertas se pasaba en la Latina, en Nuestra Señora de Gracia ó en San Andrés, engolfado en rezos y ejercicios espirituales de grandísima edificación. Numerosas eran las personas que le habían observado en esta laudable faena, y no pocas las que podían dar fe de su flamante religiosidad por haberle oído explanar, en círculos de sacristía, enrevesados puntos teológicos. Francamente, esta inopinada conversión de mi amigo no me hacía maldita gracia, ni era lo más lisonjero para la empresa á que con tanta bravura me lanzaba yo. Si por artes del demonio, digamos más propiamente por inspiración del Cielo, el hombre se arrojaba en brazos de Dios, ¿qué podía yo contra encantador tan formidable? ¡Pues digo, si cuando lograrse ponerle la mane

encima, me encontraba con que había cantado misa, valiente negocio hacíamos! ¡Pobre Gracia, triste de mí, si lanzándome á la caballería por cazar un marido, cazaba un sacerdote...!

Del dinero que llevaba di algunas onzas á D. Matías para repartir entre los pobres de aquel lugar, y atender á necesidades de la parroquia, y luego porción bastante para un encarguillo con el cual asegurar quería la comunicación con mi amada esposa. El buen párroco me agradeció mucho, así la limosna como la confianza, y prometió servirme de cabezas, ¡caramelos! lo mismo que si yo fuera su padre. Fué mi principal cuidado advertir al cura que en cuanto ocurriese alguna novedad grave, digna de mi conocimiento, despachase un propio á Madrid, á mi costa, sin reparar en precio de la caballería ni en gastos de viaje. Dile nota bien clara de la dirección que habían de llevar las cartas de mi futura, y yo dirigiría mi correspondencia, mientras Demetria no dispusiese otra cosa, al reverendo D. Matías Baranda, cura párroco de Samaniego. De acuerdo el élitigo y yo en estos pormenores importantísimos, me despedí, ya sobre las diez de la noche, y hasta largo trecho más acá de su pueblo fué D. Matías acompañándonos, sin cesar de repetir las alabanzas de mi virtud, de mi sacrificio,

más divino que humano, del cual sólo se encontraban ejemplos en las vidas de los santos, que por triunfar así de sus ambiciones y apetitos habían merecido la biensventuranza. Bueno, bueno: pues esto y mucho más que el bendito señor me dijo no me consolaba de mi tedio, ni me quitaba del magín la insidiosa idea de haber hecho una descomunal tontería... pues ¿qué se me había perdido á mi con Gracia, ni qué culpa tenía yo de sus penas y de que el otro la dejara, etc...? Sólo pensando en Demetria y recordando su dulce acento, su aplomo soberano, expresión justa de la grandeza de su alma, podía yo arrojar de mi mente aquella idea que me atormentaba como un bufón maligno.

Llegamos á La Bastida cerca de las doce, y levantados, contra su costumbre campesina, nos esperaban Valvanera y Juan Antonio, ansiosos de conocer las resultas de mi viaje. En realidad, como no me esperaban á mí, sino á Sabas, con la noticia de que ya no era yo soltero y de que iba con mi esposa sobre La Guardia, cuando me vieron llegar pusiéronme cara recelosa, y viendo que la mía no era muy alegre, imaginaron cualquier desastre. No quisieron esperar al día siguiente para que yo punto por punto les contase *el tratado de Samaniego*,

y hasta las dos ó poco menos estuvimos de patique. ¡Ay, madre! Todo ello se les antojaba rarísimo, un tanto alambicado y estrambótico, y sin la debida conexión con la realidad humana. La idea de la niña de Castro les pareció un rasgo de santidad, y por tan sublime la tenían, que no les entraba en el caletre. Ya comprenderá usted mi aflicción, y el mal sabor de boca que me dejó la ineptitud de nuestros amigos para comprender idea tan grande y hermosa. No he dormido en toda la noche... No sé qué daría, querida madre, porque estuviese usted á mi lado y pudiese yo saber su opinión. Tan penoso ha sido mi desvelo, tan vivo mi afán de comunicarme con usted, que abandoné las sábanas ardientes, y á la última luz de una lámpara que luchaba con la primera del día, empecé esta carta, que no puedo seguir ya, porque los ojos se me pronuncian, y ya no respondo de que los garabatos que hago en el papel expresen lo que les ordeno... Déjeme usted que descabece un sueño en la silla, en la mesa... Buenas noches, digo, días...

*Hoy (no sé qué día es).*—Pues hoy he notado una ligera modificación en el criterio de mis amigos. Entraron á verme Valvanera y Juan Antonio á una hora que no sé, porque se me ha parado el reloj. (Por esta falta de respeto á mi

persona, le castigo severamente privándole del sustento de la cuerda en todo el día.) Sin duda por consolarme, hame dicho Valvanera que puesta ella en el caso y circunstancias de Demetria, habría determinado lo mismo que mi augusta señora determinó. Juan Antonio, radicalmente desafecto á la caballería, declara que á ser él yo, habría, sí, aceptado el séptimo trabajito hercúleo, pero echando por delante el casamiento, como alivio de penas y necesario refrigerio del alma. Lo dicho, señora y madre, esta gente es bonísima; pero lo sublime no le cabe en la cabeza... Voy entendiendo que la sublimidad es una exótica planta que sólo crece en esas estufas que llamamos tratados de retórica, y que es locura pretender criarla en la intemperie de nuestra vida. En ello me confirmo después de consultar el caso con el agudo D. Beltrán, sapientísimo definidor de teología mundana, el cual con gracejo me dió patente de doctrino, sosteniendo que la primera y más meritoria santidad de un caballero es cumplir con las damas. Así lo manda la ley de galantería, *summa ratio*, ante la cual todas las leyes y la caridad misma deben humillarse. En cuestiones de esta índole, intervenidas por el amor con ó sin matrimonio, la caridad empieza por uno mismo, dígase mejor

por los dos que se aman. Tanto Demetria como yo no éramos más que unos lindos muñecos rellenos de serrín.

Bueno, bueno, bueno. Quiero marcharme, volar hacia Madrid. Mi tristeza es mortal. Sale de estampía para Miranda un criado de esta casa encargado de procurarme el mejor coche que allí se encuentre y los caballos más veloces. Pago los relevos al precio que quieran. Tráiganme el Pegaso, el Clavileño, ó cualquier hipogrifo nacido en las yeguas de la sublimidad.

*Esta tarde.*

No tengo paciencia para esperar más horas, y me decido á partir con Sabas, al anochecer. Escribo á mi rigurosa Dulcinea una carta dulce y triste, pidiéndole que me ampare y sostenga, que lance por mi camino ráfagas de su espíritu vivificante, y con el mismo fervor á usted me encomiendo, señora madre y sibila de este aburrido caballero.

De nuestros amigos pongo aquí mil finezas, y todo el cariño filial de—*Fernando*.

## XIX

Del mismo á la misma.

*Madrid, Junio.*

Madre querida: Mis cartas de Aranda de Duero y de la Venta de Juanilla (á dos leguas de Somosierra), donde se me rompió una rueda del coche, viéndome precisado á pasar el puerto á pie hasta el mismísimo Bufrago, habrán enterado á usted de las periperias de este viaje, que la fatalidad quiso hacer lento, y que yo he podido acelerar á fuerza de valor, de terquedad y de dinero. He llegado á Madrid en plena crisis ministerial: ya hablaremos de esto. Me metí en los *Leones de Oro*, donde no estuve más que medio día, en insufribles apreturas, y no sabiendo dónde encontrar comodidad, consulté el caso con Salamanca, para quien fué mi primera visita, no por preferencias de amistad, sino porque á él tuve que acudir á reponer mi bolsa de los tientos que me fué preciso darle en el camino. Después de abastecerme del precioso metal, me llevó Salamanca en su coche á la Carrera de San Jerónimo, donde se ha establecido un suizo llamado Lhardy, que es hoy

aquí el primero en las artes del comer fino. Vino á Madrid el 39, estrenándose con la industria pastelera, que fué gran adelanto con relación á lo bueno que aquí teníamos, por lo que se dijo que había puesto corbata blanca á los bollos de tahona (que á mí me gustan mucho, aun mal vestidos); alentado por el éxito, introdujo el dar de comer, y ha ganado tal fama por su puntualidad, esmero, pulcritud, y por la ciencia de sus cocineros, que ya no hay en Madrid quien se le ponga por delante. No tiene alojamiento para huéspedes; pero dispone de un par de habitaciones para un solo pupilo, siempre que se trate de persona bien recomendada y rica, y como vuesa merced quiere que yo lo sea, y que me dé el lustre de tal, he consentido que Salamanca me entregue al patronato del amigo Lhardy. Aquí me tiene usted, pues, señorilmente aposentado, solo, bien comido, bien bebido, y dado á los demonios porque la distancia á que estoy de los seres que amo me quita toda tranquilidad y todo contento.

Me cuenta Salamanca que el Ministerio González ha venido á tierra, y que él, Salamanca, tuvo la culpa de que empezara la situación á desmoronarse por la parte más endeble, el Ministro de Hacienda, Sr. Surra y Rull. Los líos que, por intereses de no sé qué empréstito, me-

diaron entre nuestro buen malagueño y el secretario de Hacienda son tan largos de contar, que prefiero callármelos, para evitar á usted una jaqueca por cosas que pronto han de desvanecerse en el tiempo, y borrarse de toda memoria. Ahora bien: ¿quiénes son los perritos en cuyos pescuezos lucen ahora los collares ministeriales? Pues perrito de cabecera es el General Rodil, que mandaba en el Norte. Siguen: Almodóvar, que ha cambiado la guerra por la diplomacia; Zumalacarregui, que gobierna en Gracia y Justicia; D. Ramón Calatrava, que tendrá las llaves del arca nacional; el viejo Capaz, que empuña el remo de la Marina, y en Gobernación nos ponen al Sr. Solanot, muy señor mío. Dios les dé á todos buena mano.

Ofreció D. Baldomero á Olózaga la Presidencia del Consejo; pero no quiso aceptarla Salustiano, á quien traen ensoberbecido sus triunfos oratorios. Tanto él como López acaudillan en las Cortes una partidita de diputados, y entre uno y otro hacen el caldo gordo al *moderantismo*... No puedes figurarte el efecto que me causa oír á esta gente, ni la desazón de sorpresa y asfixia que invade á los que, viniendo de fuera, entramos de súbito en esta atmósfera. Yo digo: «¿Pero aquí están todos dementes? ¿Es esto la metrópoli de una nación

ó el patio de un manicomio?...» Y pregunto dónde se ha metido el sentido común, sin que nadie acierte á responderme... A juzgar por lo que se oye, el país es un insensato, que aburrido de sí mismo, y no sabiendo cómo vivir, pide á los demonios que se lo lleven... El Ministerio entrante es calificado como de la peor extracción *ayacucha*. Y yo pregunto: «¿Qué significado tiene esta palabra, y qué se quiere expresar con ella?» Ni Espartero estuvo en la batalla de Ayacucho, funesta para nuestra nacionalidad en América, ni los feligreses de su camarilla, á quienes acusamos de infinitos males, pelearon tampoco en aquella célebre acción de guerra. Esto es tan peregrino como el llamar borracho á José Bonaparte, que no lo cantaba. La imaginación popular emborriona la historia, y luego nos cuesta Dios y ayuda descubrir con raspaduras la verdad.

*Martes.*

Todos los amigos á quienes hoy he visto me han preguntado si soy *ayacucha*, y les he contestado con picardía, según el gusto y aficiones de cada uno. Quiero sustraerme á la política; pero no doy un paso en las gestiones que motivan mi viaje sin tropezar con algún delirante

que quiera comunicarme su locura. Hoy me ha dicho Espronceda que no habrá paz hasta que no venga la República, una República enteramente á la griega, por supuesto... (me figuro que habla de la Grecia de Byron); Borrego me ha demostrado la circulación clandestina del oro inglés, como causa principal del ayacucho desconcierto en que vivimos; González Brabo sostiene que es forzoso poner patas arriba la Regencia y su tertulia, declarando mayor de edad á Isabel II para que gobierne por su propia inspiración infantil, y después salga lo que saliere; López quiere arreglar á España derramando sobre ella, desde las etéreas regiones, frases de talco de mil colorines; en Fermín Caballero descubro un radicalismo extremado que conceptuo más peligroso por la rigidez de castellano viejo, por la forma fría y clasicona con que lo expresa; en fin, que todos desvarían, y yo no encuentro dos adarmes de seso por ninguna parte, y véome apurado para reponer el mío, que en este ahumado laberinto se me pierde y se me acaba.

Y entre tanto, señora madre mía, Ibero sin parecer. Desde muy temprano empiezo mis pesquisas, y cierra la noche sin obtener ni vagos indicios de la caverna del león fugitivo. Clérigos y seglares he visto en los barrios de acá y

de allá; Iglesia y Milicia me resultan igualmente ineficaces para el conocimiento que busco. Esto me anonada. ¿Qué debo hacer? ¿Dar por terminada mi misión, con fracaso evidente, ó persistir, revolver más escombros humanos y meter el gancho hasta lo más hondo del montón? ¡Ay, qué daría yo porque usted pudiese contestarme ahora mismo... pero ahora mismo!

*Jueves.*

He almorzado en una taberna de la calle del Humilladero, por no abandonar una pista que segura me parecía, y que al fin resultó más falsa que Judas. Donde creí encontrar á Santiago, topé con un sacristán loco que compone imágenes de santos, poniéndoles cabezas de chisperos y atributos de tauromaquia. De allí (calle de Luciente, 8) me vine á casa, donde recibo la grata sorpresa de que ha estado á visitarme D. Juan Alvarez Mendizábal. Me puse á escribir á mi mujer y á mi madre y entró... adivínelo usted: Miguel de los Santos. Nos abrazamos con efusión y nos pusimos á recordar cosas de nuestro tiempo. No ha variado nada Miguelito, que es el mismo holgazán perdurable y el gran autor eternamente inédito. Me hizo reír burlándose de la poesía, que con-

sidera como el diploma de la miseria y la ejecutoria del hambre; hablóme luego de un proyecto magno que ha concebido para ganar dinero, el cual no es otro que construir una fastuosa casa de baños en el Manzanares, á *estilo del extranjero*, y por complemento un recreo de naumaquia ó cosa tal, encauzando el río para jugar con él y decorarlo, en una considerable extensión, con *cascadas artificiales* y con surtidores... riase usted... con surtidores de vino. Me ha entretenido toda la tarde con estos donaires, y riéndome como un tonto he olvidado mis penas. Dios se lo pague. Le convidó á comer. Si él se dejara, le ajustaría yo para que me acompañase algunas horas del día; pero á esto contesta que no puede comprometerse á consagrarme su tiempo, *porque tiene que trabajar...* ¿Qué hace? Dice que intenta corregir el *Quijote* y enmendar la *Divina Comedia*, para que sean obras dignas del respeto de los siglos. A su juicio, la *Biblia* necesita de algunos toques para ser un libro aceptable, y él se compromete á dejarla como nueva, si le dan en Gobernación una plaza igual á la de Pepe Díaz, con libertad para dedicar las horas de oficina á la composición y lima de versos.

*Viernes.*

Comimos juntos Miguel y yo, y nos fuimos al Príncipe. Al teatro le han dado una mano de pintura y le han refrescado el oro. A pesar del afeitado lo encuentro más triste que en nuestros tiempos. La concurrencia me ha parecido la misma: las damas que lucían en plateas y entresuelos, no se han movido de sus palcos, tal fué mi ilusión, desde la última vez que las ví. La de Oliván, *empero*, ha cambiado de lugar: su constelación deriva un poco hacia el proscenio, metiéndose más en *Capricornio* y confundiendo con *Arcturus*. La *Osa Mayor* (ya sabe usted quién es) no ha cambiado de sitio en el firmamento teatral, ni *Berenice*, la de la espléndida cabellera. Junto á ésta brilla *Mercurio*, que há tiempo, según dicen, rompió con la mayor de *las Cabrillas*. Ví *La escuela de las casadas*, de Bretón, que me recuerda *L'école de femmes*. Es linda comedia, y la representan á maravilla Romea y Matilde. En el segundo entreaño subimos al cuarto de Julián, donde fuí recibido con vítores y palmadas, y la indispensable denominación de *ayacucho*. Porque allí, como en todas partes, no se habla más que de política, y el aposento del actor parece club,



logia ó rincón de café patriótico. La procerosa figura de Don Juan Nicasio se destacaba entre el ilustre senado, y no faltaban Vega y Rubí, con quienes reanudé mis amistades, entablándolas nuevas con un poeta que yo conocía de vista, Ramón Campoamor, ahora muy mimado del éxito, autor de un tomo de lindísimas *Fábulas*, que compré en casa de Boix y estoy leyendo. Si á muchos ví con gusto, mas sin interés grande, tuve el sentimiento de no tropezarme con Bretón, á quien expresamente buscaba yo anoche, porque has de saber que este ilustre riojano es quien me ayuda en la cacería de Ibero, con una solicitud que le agradeceré toda mi vida.

*Domingo.*

Mi desesperación, señora madre, á su colmo llega ya. Ocho días aquí, sin adelantar un solo paso en esta formidable aventura, que ya me está pareciendo del género tonto y deslucido de las leyendas caballerescas que en mi tiempo se escribían. No puedo más. Me fijo un plazo improrrogable de tres días para dar por suficientemente apurado mi empeño, y al cabo de ellos, triunfante ó derrotado, tomo el camino del Norte, pues el imán de mis deseos me tiene lo-

co de tanto mirar allá... Tan aburrido estoy, que suelo buscar distracción en la lectura de los periodicuchos que difaman al Gobierno, al Regente y á todo lo que significa jerarquía y autoridad, y más me seducen y divierten cuanto más groseros y estúpidos disparates escriben. *La Guindilla* trae un muñeco que imita la persona de Rodil, con su cara de histrión, su rasgada boca y sus bucles sobre las sienes. Le representa bailando el zapateado, y pone en sus labios unas ridículas décimas con glosa. Adulando los bajos gustos de mucha gente, el papel llama *Bobil* al Presidente del Consejo, y á todas las figuras culminantes de la Nación las señala con soeces motes. Almodóvar es *Poenco*; Mendizábal, *Mamacallos*; Calatrava, *La Tía Ramona*; y Argüelles, *Pinchawvas*. Por cierto que ahora vienen alborotados los periódicos con lo que llaman *escándalos palatinos*. Andan á la greña la Camarera mayor, Marquesa de Bélgica, y el Aya, Condesa de Mina. *Pinchawvas*, impávido, se entretiene en quitar y poner maestros á Su Majestad. A la separación del Sr. Ventosa, sigue el nombramiento del Coronel D. Francisco Luján para profesor de Historia y Ciencias exactas de las regias niñas. Unos alaban y otros denigran al Sr. Luján, como hechura de D. Antonio González, y redac-

tor de un papelejo (creo que el *Espectador*), que defendía las crueldades de Zurbarano y le daba el dictado de *Washington español*. ¡Vaya unos delirios! Vivimos entre locos desmandados. En el novísimo lenguaje de la prensa callejera aparecen cada día nuevos términos y frases que al instante entran en el uso común del pueblo y se apegan á todas las bocas. A A los moderados les llaman ahora *traseristas*, con lo que se significa que progresan hacia atrás.

*Martes.*

La prensa populachera de hoy habla de un gran cisco en Palacio, entre *Pinchavvas* y las azafatas. Estas se rebelaron en cuadrilla contra el tutor y quisieron arañarle. Parece que dos antiguas azafatas, en connivencia con uno de los nuevos preceptores, entregaron á la Reina un medallón con el retrato en miniatura del hijo mayor del Infante D. Francisco. Se había prohibido por la tutoría soliviantar á Su Majestad con cartas, recaditos ó miniaturas de los Príncipes que aspiran á su mano, y la desobediencia flagrante á tan sabias instrucciones ha sido motivo del zipizape, y del furor del austero D. Agustín. Se asegu a y no me cuesta traba-

jo creerlo, que el retrato causante de la gresca procede de la Infanta Carlota, que ya empieza á barrer para su casa. Anúnciase la llegada del primogénito de la Infanta, D. Francisco de Asís, y se inicia ya en Madrid la formación de un núcleo de opiniones afectas á la candidatura de este jovencito para marido de nuestra Soberana. Con tiempo lo toman. La feliz inventiva española para bautizar ridículamente las ideas, ha dado en llamar *paquistas* á los que se entusiasman con este casamiento.

Tendrá usted conocimiento de la desastrosa muerte del Duque de Orleans. ¡Qué horrible desgracia! ¡Morir de fatal muerte, súbita como el rayo y ciega, en la flor de la edad, en la más alta posición, rodeado de todos los bienes, adorado de los suyos!... ¡Qué triste!... Me entra el frío de los presentimientos lúgubres.

*Martes.*

Madre querida, no quiero hablar á usted de mi tristeza, por temor de comunicársela. Si mañana no puedo darle mejores noticias, irá la de mi salida para Miranda. Anoche estuve en el Circo, que han convertido en teatro, sin conseguir que esté menos feo que antes; pero al espectáculo de los caballitos es preferible la ópera

italiana con buena orquesta y cantores de mérito. Oí *La Vestale* de Mercadante, que me habría gustado si estuvi era mi espíritu mejor dispuesto para las emociones del arte. No hay música por sublime que sea, que ahogue la interna voz de nuestra alma, cuando da por cantarnos el *requiem*. Oí la ópera, como se oye un organillo de las calles, y admirando el buen estilo de la Teresa Bovay y de Olivieri, les habría dado dos cuartos porque callaran.

Hoy haremos Bretón y yo la última tentativa, para que pueda llevarme la conciencia bien sosegada. Si Dios no dispone otra cosa, sólo un día separará esta carta de lo que anuncié á usted la partida de su amantísimo hijo—*Fernando*.

## XX

(Del mismo á Demetria.)

Madrid, Julio.

Señora y dueña, reina, emperatriz, y más si lo hubiere: ¿con qué palabras te daré las albricias? Ayer te dije que Bretón y yo nos declará-bamos vencidos, y hoy, cuando menos lo esperaba, se me presenta el gran riojano y me suel-

ta esta bomba: «¿No le dije, mi Sr. D. Fernando, que yo con un ojo solo había de encontrar más pronto que usted con los dos suyos la aguja que buscamos en un pajar?»

En fin, adorada mujer, que ya pareció el *ángel negro*; al fin Dios ha tenido lástima de mí, de tí y de tu pobre hermana si, como creo...

Espérate un poco: no sé cómo contarte con brevedad lo sucedido. ¡Si fuera posible pegar desde aquí cuatro gritos para que tú me oyeras! Pues, leyendo versos estaba yo, cuando entra Bretón y me abraza, y rompe una copa de agua que yo tenía en mi mesa, y mientras acudo á contener la inundación que cae sobre el libro pasando por mi chaleco, le oigo decir: «Ya tenemos hombre...» En fin, que Ibero vive, aunque no se responde de su perfecto equilibrio cerebral... Y no vayas á creer que tengo ya entre las uñas al novio de tu hermana: aún no le he visto. Para que nuestra dicha no sea completa, el *ángel negro* está, como quien dice, á la vuelta de la esquina... se ha ido á Cataluña... No recuerdo si Bretón dijo que reside en Barcelona ó cerca de ella... Lo mismo da. ¿Te parece que es floja caminata la que tengo que emprender ahora, mujer mía? De la pena de no verte pronto me consuela el gozo de que ve-